

habia dicho, poco mas ó menos. Mouton dijo á su vez que aquella mozuela tenia *valores*, encajes, etc., etc. Al ver el dinero encima de la mesa, dijeron los circunstantes:—¡Pues es verdad! Ya era la una y cuarto cuando los hombres se decidieron á marcharse sin acordarse siquiera de que allí habia semejante mujer. Reflexionando yo que la dejaban en una posicion á todas luces muy triste, eché á correr detrás de ellos, y les dije: «Si os interesais por esa mujer, por vuestra prima, (ellos habian dicho que lo era) no debéis dejarla asi, esto es muy duro. Cuando volvian á entrar en el café pasaba por delante un coche de plaza. ¡Cocheiro! le grité yo, ¿á dónde vais?»

Voy á hacer un viaje á la calle de Grève.

Pues volved aquí, amigo mio, os estamos aguardando y se os pagará la carrera. En efecto, volvió y nosotros trasladamos al carruaje á aquella mujer que se hallaba en un estado lamentable.

¿A dónde quieres ir? la preguntaron los demás varias veces.

Al «Gros-Caillou» contestó al fin.

Yo subí al carruaje con ella, reflexionando, sin embargo, que mi posicion se iba haciendo un poco complicada. Me hallaba en marcha para el Gros-Caillou á la una y media de la noche y en compañía de unas personas que me eran desconocidas. Por fin el coche se para y yo me bajo para ayudar á la mujer á hacer otro tanto.

Apenas habia yo tocado en el suelo un poco trastornado, porque si he de decir la verdad, todo aquello me oprimia el corazon, cuando uno de aquellos hombres le dijo al cocheiro: «Yo pago, vé á donde te he dicho.» Yo no le queria mal al cocheiro, porque no era suya la culpa, pero no estaba muy contento de hallarme solo á aquellas horas en el Gros-Caillou.

*La Hardel* es interrogada sobre los robos. ¿Cómo es, la preguntan, que teníais tanto dinero encima y ademas ocho sortijas en los dedos?

R. Aquel dinero procedia de la venta de un caballo. Lo que es las sortijas (con dignidad) las habia ganado con mi trabajo.

*Levieil*: Les choca que llevase tanto dinero encima, es una costumbre en ella... ¡mala costumbre! (risas).

*Carmel*: Tan moralista en 1839 como en 1827 se da aire de filósofo. Se queja de las *injusticias* de que ha sido víctima, pero se queja con resignacion:—Soy tan inocente, dice, como cuando se me sentenció á veinte años de trabajos forzados; Micaud que me acusa habla de religion. Que escuche el grito de su conciencia que le dice que no soy culpable... Al hombre que merece el castigo, *esterminarlo*; la muerte me seria menos dura que los veinte años de trabajos á que he sido condenado injustamente.

Carmel vuelve á sentarse dando un suspiro y levantando los ojos hácia el cielo, como quien aguarda que se cometa con él otra nueva *injusticia*.

En seguida se procede al interrogatorio de los principales acusados con respecto al asesinato.

*Presidente*: Acusado Soufflard, cuando habeis salido de presidio, habeis venido á París aunque era otra la residencia que se os habia señalado. ¿Con qué

recursos contábais para atender á vuestras necesidades?

R. Tenia 2,600 francos míos antes de salir de presidio.

P. De las averiguaciones hechas resulta, que en vez de los 2,600 francos que decís, no teníais sino 17 francos, 50 céntimos. Esto es un poco mas verosímil. ¿Cómo quereis hacernos creer que un presidiario que tiene que dedicarse todo el dia á las faenas que se le imponen, pueda haber reunido una suma semejante?

R. Voy á deciros, señor presidente; yo servia de modelo en una de las salas de dibujo, y con esto ganaba mucho dinero.

P. Mentís. A vuestra llegada á París, Micaud ha tenido que buscaros ropa con que cubriros. ¿Por qué teníais varios alojamientos, alquilados bajo nombres supuestos?

R. Porque debia mas que lo que valia el alquiler, y lo mejor era dejarlos.

P. El robo era lo que os proporcionaba recursos y lo que os hacia tomar tantas precauciones. Tambien se os ha oido limar con mucha frecuencia.

R. Es que limpiaba los muebles,

P. De noche únicamente era cuando trabajábais; hacíais ganzúas. Cuando os han puesto preso, se ha encontrado un manojo de ellas en vuestra casa.

R. Me las he encontrado en la plaza de Escipion, en un derribo; he cargado con ellas para saber lo que eran y para venderlas.

P. ¿Qué es lo que podíais sacar de cuatro ganzúas?

R. Aquello no era sino una muestra que llevaba para vender despues todo el género (risas).

P. Tres de las ganzúas encontradas en vuestra casa, abrian la puerta falsa de la casa de la viuda de Versay.

R. Eso consiste en que la cerradura no tiene chapa interior.

P. Parece que ya estais acostumbrado á abrir las puertas con llaves falsas. ¿Sabeis que Micaud os denuncia formalmente?

R. Sí señor, pero todo es una mentira.

*El presidente* á Lesage: ¿Vuestra idea de venir á París, no escondia el intento de cometer crímenes?

R. Tenia intencion de trabajar.

P. Lo que parece probar que era muy distinta vuestra determinacion, son las conversaciones que habeis tenido en la cárcel: «necesito dinero á toda costa, habeis dicho: tengo que hacer una *escarpa*. En la informacion sumaria no habeis negado este hecho enteramente; habeis confesado que en efecto habíais hablado de un negocio de *bureo*, es decir, de un robo con ayuda de llaves falsas.

*Lesage* con desembarazo: De un robo, ¡ah! sí, eso pase.

P. Parece tambien que al salir de la cárcel os habeis explicado con mas claridad: parece que habeis dicho: «Ha llegado la ocasion para mí, de *jugar el todo por el todo*; necesito á Soufflard... Por 5 francos no tendria inconveniente en matar á un hombre.»

R. Ese es un golpe de la policia; yo no he dicho jamás semejante cosa.